

rigió á su pueblo un manifiesto en que daba á conocer «su intención de reunir un congreso nacional, bajo las bases más amplias y liberales, en el cual tendrían participación todos los partidos, y que determinaría si el imperio debía continuar en lo futuro». Y añadía que ese congreso, «en caso afirmativo, ayudaría á la formación de las leyes vitales para la consolidación de las instituciones públicas del país» (10 de diciembre).

Las campanas de México y Veracruz celebraron con un repique á vuelo la resolución de S. M., y al escucharlas, la fragata *Susquehannah*, á cuyo bordo la misión americana esperaba también la abdicación, se hizo á la mar y se alejó. Maximiliano regresó á México á cortas jornadas.

Los ministros, al notificar al cuerpo diplomático los resultados de la deliberación de Orizaba, ni siquiera hicieron alusión á aquel quimérico congreso, al cual no daban importancia alguna.

Castelnau no dudó de que su fracaso fuese debido á Bazaine, sobre todo cuando le fueron mostradas tres cartas: una de Monseñor Labastida, otra de Tabera, ministro de Guerra, y la tercera del coronel Kodolisch, en las que se decía que Bazaine había declarado á Lares «que deseaba el regreso de Maximiliano á su capital y que si tomaba esa resolución y empuñaba las riendas del gobierno, el ejército francés permanecería en México hasta noviembre de 1867». Se decía también en ellas que Bazaine hasta había escrito á Lares y que sus cartas, leídas por los consejeros de Orizaba, habían contribuído para que tomaran su obstinada resolución.

Parece que, en esta coyuntura, lo indicado era mostrar é Bazaine esas cartas é interpellarle acerca de su contenido, porque no debe creerse en la trápacería de un mariscal de Francia sin pedirle antes explicaciones de su conducta. Castelnau no hizo nada de eso. Envió las cartas á París y se limitó á dirigir á Bazaine recriminaciones vagas, á las cuales éste contestó con negativas que aumentaron la indignación del general. Creyó confundirle, obligándole á quitarse la careta ó á contradecirse, y le pidió que firmara una declaración absolutamente contraria al lenguaje que se le atribuía. No sólo consintió Bazaine en firmar, sin hacer observación alguna, sino que escribió de su puño: «Los infrascritos, después de haber examinado en todas sus fases la cuestión mexicana, convienen en declarar que

no ven más que una solución posible para defender los intereses que les han sido confiados: la abdicación del emperador. Los infrascritos, á pesar de la pena que ello les causa, han resuelto hacer constar solemnemente esta opinión, que darán inmediatamente á conocer al gobierno del emperador Napoleón» (8 de diciembre).

Napoleón III, sabedor por un telegrama de Castelnau del cambio de resolución de Maximiliano, contestó *ab irato* en un despacho del 13 de diciembre, que llegó á México el 18: «Haced que regrese á Europa la legión extranjera y todos los franceses, soldados ó paisanos que quieran regresar, así como las legiones austriacas y belgas, si lo desean». La convención de Miramar decía: «La legión extranjera, que estará al servicio de Francia, compuesta de ocho mil hombres, permanecerá en México cuando todas las demás fuerzas francesas hayan sido llamadas». La violábamos, pues, abiertamente. Se habían quitado al príncipe sus aduanas; ahora se le quitaban sus soldados. No nos contentábamos con abandonarle: le expoliábamos, le desarmábamos! (1).

XII

Puesto en tal situación, iba por fin el príncipe á abdicar? Castelnau y Dano, queriendo hacer un supremo esfuerzo para decidirle, solicitaron que les recibiera en Puebla, donde se había detenido. Ahí llegaron ambos el 20 de diciembre y se hicieron anunciar al emperador, alojado en la hacienda de Xonaca. El coronel Kodolisch fué á decirles que el emperador, que estaba bien ese día, recibiría inmediatamente á Castelnau, deseando ver primeramente á solas al enviado de Napoleón III. Una hora después, el general estaba en su presencia, siendo recibido por él «de la manera más amable». Maximiliano se expresó de Napoleón con frases de agradecimiento, y después ha-

1 Maximiliano habría podido retener á los franceses que se habían alistado en el ejército mexicano por determinado tiempo; pero les dejó libres, lo mismo que á los miembros de la legión extranjera que estaban en iguales condiciones.—NOTA DEL AUTOR.

bló de generalidades, dejando para el día siguiente las cosas de fondo.

Al día siguiente, Dano y Castelnau tocaron desde luego, respetuosa pero resueltamente, el asunto que había sido objeto de su viaje. Esforzaronse por hacer ver al emperador la inminencia y la gravedad de los peligros de la situación: la debilidad y la impotencia del partido conservador, en cuyos brazos se había arrojado; la fuerza y la audacia del partido liberal republicano. Dijéronle que reflexionara en que el ejército francés estaba en vísperas de retirarle su apoyo; en que el ejército americano se había puesto en movimiento para prestarle el suyo á Juárez, y en que, desencadenada la guerra civil con todos sus furores, después de nuestra partida, ocasionaría inevitablemente, en medio de los más terribles excesos, la caída del imperio y la ruina del país. Añadieron que sólo él podía conjurar tamaños males, renunciando desde luego á un poder que iba á escapársele, y que, abdicando, con una mira humanitaria y en vista de lo que convenía á los mexicanos, sobre todo á aquéllos que le eran adictos, ejecutaría una gran acción, generosa y digna de la nobleza de su carácter.

Contestóles Maximiliano que nadie tenía menos interés que él en conservar el poder; que estaba dispuesto á deponerlo, siempre que pudiese hacerlo honrosamente; que se consideraba como un soldado de facción y que no debía abandonar su puesto mientras el pueblo, que le había colocado en él, no le relevara; que con ese objeto había resuelto convocar un congreso nacional, cuya idea le había sido inspirada anteriormente por una carta de Napoleón III y habíala hecho aceptar con mucho trabajo por sus ministros; que no se forjaba ilusiones acerca de lo que resolvería ese congreso; que Juárez sería electo; que esa era, por lo demás, para el país, la mejor solución, porque le eran antipáticas las instituciones monárquicas y sólo podía constituirse en federación republicana. Dijo, por último, que aceptaría con satisfacción ese fallo nacional y sería el primero en ir á felicitar al elegido del pueblo, deseándole una suerte mejor que la suya, «después de lo cual, con el corazón sereno y la frente alta, volvería á tomar, como simple ciudadano mexicano, el camino de Veracruz y de Europa».

Castelnau replicó que esos proyectos eran dignos del carácter elevado y generoso del emperador, pero que los juzgaba irrea-

lizables; que la reunión de un congreso, cuando Napoleón III se la había sugerido, habría sido fácil y salvado á México; pero que ese tiempo había pasado; que ya la nación no escucharía su voz; que ni los conservadores ni los liberales aceptarían la idea de tal congreso, aquéllos porque se sentirían demasiado débiles para dominar, éstos porque se sentirían demasiado fuertes para poner su dominio en tela de juicio; que el mismo Lares decía que esa medida era una quimera y que si había fingido adoptarla, era porque veía en ello un medio de ganar tiempo; pero que no haría, sin duda, nada para llevarla á la práctica.

Dano creyóse en la obligación de añadir que el mariscal Bazaine compartía su opinión acerca de la urgencia de la abdicación y de que en ella estaba la única salvación posible. Para apoyar este aserto, que el emperador pareció escuchar con incredulidad, sacó de su cartera la declaración escrita de puño del mariscal y firmada por los tres. El emperador la leyó sin manifestar la menor emoción; después, tomando un papel que estaba sobre su escritorio, lo alargó á Dano diciendo:—«Hé aquí una más reciente: leed». Era un despacho telegráfico que le había sido enviado la víspera por el mariscal, y en el cual le instaba para que conservara la corona y le decía que «sólo el imperio era posible» y que iba «á hacer todos sus esfuerzos para sostenerle». El emperador, después de haber gozado un instante con la confusión de sus interlocutores, les dijo:—«Parece que no estáis habituados á la manera de obrar del mariscal. Yo lo estoy hace tiempo, y hace tiempo sé qué crédito debe dársele. Deploro su falta de franqueza, de la cual más que nadie he sido víctima; pero hoy, sin confiar ya en él, le tomo como un instrumento para la realización de mis designios. El mariscal está perdido, á causa de su matrimonio y de la influencia que ha dejado que ejerzan en su ánimo tanto su mujer como la familia de su mujer; se ingenia para engañar á todo el mundo y se imagina que lo logra, aunque ya á nadie engaña. ¿Cree acaso que ignoro que el 2 de diciembre Porfirio Díaz se sentó á su mesa? ¿Y cree que los liberales ignoran que el mismo día hacía toda especie de promesas á Miramón, á Márquez y á otros jefes del partido conservador?». Después, sin dar más importancia á este incidente, el emperador volvió á su tema del congreso, aseveró que estaba firmemente resuelto á convocarlo, porque se había comprometido á hacerlo en su manifiesto y no po-

día desdecirse. Dano y Castelnau, comprendiendo que sería inútil insistir, se retiraron (1).

XIII

Maximiliano, al emplear un lenguaje tan virulento para hablar de un hombre á quien manifestaba sin cesar en sus cartas afecto y confianza, da pruebas de un doblez tal, que es imposible creer en sus afirmaciones. El examen de los hechos confirma esta presunción. No está probado absolutamente que Bazaine haya tenido relaciones indirectas con Miramón y Márquez, que seguían á Maximiliano como su sombra. Tampoco era exacto que Bazaine hubiese sentado á su mesa á Porfirio Díaz, con quien no había tenido trato personal desde la toma de Oaxaca. Es verdad que cierto individuo llamado Otter-

1 Copio textualmente este relato del informe dirigido por Castelnau al emperador, en 28 de diciembre de 1866, y cuyo original tengo á la vista. Esta es la única versión verídica y debe reemplazar á la que dió el Gral. Douay en una carta escrita á su hermano con fecha 27 de diciembre y que ha sido reproducida por todos los historiadores. En el informe referido, nada se dice acerca de la tentativa, hecha por el padre Fischer entre las dos audiencias, para dividir á los embajadores y ganar tiempo. Maximiliano, antes de la primera audiencia, no había estipulado que no se trataran asuntos políticos, y Castelnau los trató desde luego. Hay que observar que el despacho de Bazaine, tal cual lo presenta Douay, es mucho más explícito que como lo presenta Castelnau. Douay pretende, en efecto, que Maximiliano dijo: «Después de madura reflexión, él (Bazaine) se ha convencido de que la única solución posible es que permanezca yo en el poder; me invita á proseguir vigorosamente la guerra, armando sólidamente á Márquez, Miramón y Mejía; me propone en fin darme armas y me promete su apoyo hasta el último momento de la ocupación». Douay añade que Maximiliano atribuyó á Bazaine «miras avaras y muy ambiciosas, que le habían hecho durante algún tiempo aspirar al gobierno en su propio provecho»; y al atribuir tales palabras á Maximiliano, Douay, que le había calificado de idiota en una carta precedente, dice que «está muy lejos de ser un necio». Por lo demás, es un hecho que, en sus informes y en sus cartas, Douay procuraba satisfacer una venganza personal. En una de esas cartas dice: «Estoy vengado, aun más allá de lo que anhelaba mi corazón lleno de cólera contra el mariscal, por sus desdases y su malevolencia, con el desprecio que ha llegado á inspirar hasta á sus soldados». —NOTA DEL AUTOR.

bourg, antiguo cónsul americano, había ido á decir al mariscal que, puesto que no se quería tratar con Juárez, Porfirio Díaz era el hombre con quien había que entenderse; pero Bazaine había contestado que Maximiliano seguía siendo á sus ojos el jefe legal que tenía derecho á la protección francesa; que hasta que se efectuara un cambio regular en el orden político, consideraría á cualquier general disidente como un rebelde y no trataría con él, y que sólo después de la abdicación y embarque del archiduque, no tendría inconveniente en entrar en arreglos con Porfirio Díaz. Entonces, Otterbourg, *motu proprio*, había ido á ver al jefe juarista para sondearle relatándole lo dicho por el mariscal, pero el leal Gral. Díaz se había rehusado hasta á hablar de esos asuntos, diciendo que «en ningún caso suplantaría á Juárez, su jefe, su amigo, representante de la independencia nacional» y había rechazado con sequedad una insinuación contraria á los deberes que el honor le imponía (1).

Bazaine halagó, ciertamente, á otros jefes republicanos, sin desalentar á los miembros conservadores del ministerio: estando, para formarse un criterio personal, en mejor situación que Castelnau, se había convencido de que, sin un arreglo con Juárez, que no se quería celebrar, la abdicación de Maximiliano, lejos de sacarnos del atolladero, nos hundía más en él; porque nos encontraríamos en la imposibilidad de constituir un gobierno, por oponerse los liberales, dueños de las tres cuartas partes del país, á la reunión de un congreso, y porque, fuera de toda especie de orden, las porciones de nuestro ejército que estaban aún distantes, quedarían expuestas á ataques, acaso á derrotas, que tendríamos que vengar, retardando hasta quién sabe cuándo la evacuación.

Si Bazaine hubiese pensado en prolongar su permanencia en

1 Porfirio Díaz ha contado que Bazaine le ofreció, por conducto de Otterbourg, venderle seis mil fusiles, cuatro millones de cápsulas, cañones y pólvora. Pero del relato de Otterbourg se desprende que no se trató de ese material de guerra sino en el caso en que *Porfirio Díaz fuese jefe legal de Mexico*. Por lo demás, haya dicho lo que haya querido Otterbourg, ello no comprometía á Bazaine, que no le había encomendado ninguna misión. Un mariscal de Francia no puede vender ni un fusil ni un kilo de pólvora sin el consentimiento de su ministro, y Bazaine habría comparecido ante un consejo de guerra si hubiese cometido la necedad ó la ignominia de vender una parte de nuestro material al enemigo de Francia armado contra ella. —NOTA DEL AUTOR.

México, habría, lejos de oponerse á la abdicación, apresurádola con todas sus fuerzas; pero lo cierto es que, sin separarse oficialmente de Castelnau, no aconsejaba que se efectuara ni que dejara de efectuarse, comprendiendo acaso que para una pronta y segura evacuación era útil que Maximiliano conservase aún el poder; porque así tendríamos tiempo de hacer llegar las porciones distantes de nuestro ejército á la línea de México á Veracruz, poniéndolas á cubierto de los ataques de las crecientes fuerzas republicanas. Pensaba además, y se lo escribió á Moustier en 31 de diciembre, que «no era fácil que Maximiliano se retirara de una manera que no significase una mancha en su vida política, y que era de desearse que tal no sucediera», y que, puesto que Napoleón III le había dejado el apoyo de la legión extranjera, Maximiliano conservaría por cierto tiempo elementos que le permitirían irse más tarde con toda seguridad y más honrosamente que si hubiese regresado á Europa en los furgones de nuestro ejército.

Preparándose, sin embargo, para todo evento, en caso que Maximiliano, envuelto en la rebelión general, no pudiese sostenerse bastante tiempo, Bazaine entró en relaciones con los jefes republicanos, aprovechándose de sus buenas disposiciones, para retardar su triunfo definitivo y ganar tiempo.

Minuciosamente expuso esas miras en sus informes al ministro de Guerra, y ciertamente no puede acusársele de duplicidad ni para con él ni para con Napoleón III (1). No fué igualmente franco con Castelnau. Secundando, sin decir pa-

1 Informe político de 28 de noviembre de 1866: «Es preciso haber experimentado todas las inquietudes que me causaban el 62 de línea y las demás tropas que estaban distantes, diseminadas en todas la superficie del imperio, y la dificultad de ponerlas á mi alcance, para darse cuenta de la contemplación que he necesitado tener con todos los partidos, para reprimir, sin comprometer á la capital en el momento en que operaba mi movimiento de concentración, sin fatigar á mis tropas y sin perder el prestigio de nuestras armas, tanto la audacia de las bandas, cuyo número aumentaba cada día, como el deseo de acción que trataba de apoderarse de mí, y el empuje natural de las diversas porciones del partido liberal, que están impacientes por acabar con el imperio. En resumen, señor mariscal, el partido conservador ha sabido inspirar al emperador suficiente confianza para cambiar su resolución primera, que era abdicar. Después de las tentativas infructuosas para gobernar con los otros partidos, no le quedaba más que arrojarse en brazos del conservador. Ha comenzado la nueva experiencia, y haríamos mal en poner obs-

labra, todas las medidas del representante del emperador, esperaba, con secreta satisfacción, el fracaso indefectible de su Mentor, sin dejar, en sus conversaciones, de presagiarlo. Es posible que, para ser buen profeta, hasta haya con sus consejos precipitado el desenlace; y en tal caso, no es contrario á toda probabilidad que haya escrito el telegrama que presentó Maximiliano á Dano y á Castelnau. Pero la trapacería no se combate sino con la franqueza, ruda si es necesario, y Castelnau, sobre todo cuando se le mostraron ciertas cartas, habría debido interpelar netamente al mariscal, obligándole á quitarse la careta. No lo hizo, porque á pesar de sus prevenciones, no podía desconocer la prudencia y habilidad con que Bazaine llevaba al cabo la difícil operación cuyo peso Douay, su sucesor, no quería echar sobre sus espaldas, lo cual hacía que aquél evitase contraer la grave responsabilidad de un cambio de jefatura en tales circunstancias.

Un incidente vulgar hizo conocer á Bazaine una parte de las acusaciones que se le hacían: Un ordenanza, al barrer el alojamiento de Castelnau, recogió una hoja de papel medio rota y la llevó al gabinete del comandante en jefe. El mariscal reconoció la letra: era el borrador del informe del general contra Bazaine, fundado en las cartas consabidas. El mariscal se dirigió á los signatarios de esas cartas. Dos negaron haberlas escrito; Lares, sobre todo, aseguró «que no había recibido en Ori-

táculos al poder que hemos contribuido á crear. El emperador declara que se sostendrá con sus propios recursos. Nuestra misión ha terminado y sólo nos resta retirarnos lo más pronto posible. Abandonemos, pues, á México cuanto antes. Estaré listo para embarcar todas las tropas francesas á principios de febrero de 1867. Desde entorces, el imperio durará lo que pueda durar, y si cae nadie podrá acusarnos de haber ayudado para que caiga. Francia habrá, hasta el último momento, cumplido con sus compromisos; habrá, al partir, afianzado sus derechos, asegurado el éxito de sus reclamaciones y dejado á salvo los intereses de sus nacionales, cosas que no habría obtenido de ningún otro gobierno, porque todos los demás se habrían opuesto á ellas sistemáticamente».

Informe del 29 de diciembre de 1866: «¿Acaso no teníamos que temer también que la sobreexcitación producida en todo el país por el acuerdo con los Estados Unidos, uniese en contra nuestra á todos los partidos y dificultase nuestra retirada? Por eso, señor mariscal, he considerado y considero que nuestro interés exige todavía, mientras permanecemos en México, sostener al imperio mientras crea poderse sostener con sus propios recursos». —NOTA DEL AUTOR.

zaba ninguna carta de S. E. en que se tratara del asunto indicado ni de ningún otro». Kodolisch fué el único que sostuvo su dicho, que el mariscal comentó así en una carta que dirigió al ministro de Guerra: «¿Qué he hecho, pues, para ser tratado de semejante manera en el informe del general Castelnau, del cual no me ha hablado, por supuesto? Debe haber en esto alguna fea intriga que ignoro. Yo no he influido en la resolución del emperador; pero sí he dicho frecuentemente en mis conversaciones que debería mostrarse enérgico, apoyarse en el partido que le llamó al trono, y que si está resuelto á sostenerse con los recursos de su país solamente, es probable que la legión extranjera y los elementos franceses dejados á su disposición, permanezcan aquí, puesto que la convención de Miramar en lo militar no ha sido modificada, según lo ha declarado el ministro de Francia en una sesión oficial. Yo estaba autorizado para hablar así hasta el 13 de diciembre, fecha del telegrama en que el emperador Napoleón me ordenó que regresaran la legión extranjera y todos los franceses que sirven en el ejército mexicano. No he dicho otra cosa al coronel Kodolisch. Ruego á V. E. que ponga esta carta á la vista de S. M. y que le manifieste mi deseo de ser puesto en disponibilidad cuando regrese á Francia, si he perdido su confianza y si la más alta dignidad del ejército, que no me pertenece á mí solo, ha sufrido menoscabo en mi persona» (10 de enero de 1867).

El mariscal Niel, que era ministro en substitución de Randon, contestó: «El emperador me ha encargado que os diga que deplora las invenciones é indiscreciones que han podido herir vuestra susceptibilidad y suscitado el desacuerdo entre oficiales que tienen su estimación y de cuya lealtad no ha llegado á dudar. La expedición de México ha podido causarnos desengaños políticos, pero no ha hecho más que aumentar la buena reputación de nuestro ejército. Todas las operaciones difíciles y lejanas que habéis emprendido, han sido coronadas por el buen éxito, y los movimientos combinados de vuestras tropas, que se retiran en orden perfecto, son una nueva prueba de vuestra habilidad. Cuando los hechos hablan en voz tan alta, mi querido mariscal, no debéis preocuparos con las intrigas que han podido falsear la opinión del Gral. Castelnau, aunque en efecto la hayan falseado al grado que suponéis. Terminad tranquilamente vuestra labor, haciendo que regrese á la patria

todo el ejército que tan bien habéis mandado» (13 de febrero de 1867). (1)

XIV.

El 5 de febrero, Maximiliano regresó á México. Estando su palacio completamente desamueblado, se dirigió, por caminos excusados, á la hacienda de la Teja, sita á dos ó tres kilómetros de la ciudad. Instalóse ahí casi de incógnito, con la mayor modestia, y se confinó en sus departamentos, enfermo y sin recibir más que á sus íntimos. E hizo llamar al mariscal. La opinión personal de éste con respecto á la abdicación inmediata, se había modificado á causa de los últimos acontecimientos militares. La facilidad con que todas las plazas habían sido abandonadas por el ejército imperial y ocupadas por las tropas republicanas, simultáneamente con nuestro movimiento de evacuación, le había convencido al fin de lo que, en su ceguera, no había visto antes: de la imposibilidad en que se encontraría Maximiliano de mantenerse con sus propios recursos después de que se cumpliera la orden de Napoleón para que la legión extranjera se retirara. Y esta vez manifestó á Maximiliano, sin reticencias, su nueva opinión, conforme en todo con la de Castelnau.

La conversación fué larga y afectuosa. El emperador se paseaba apoyado en el brazo de Bazaine, hablando de sus negocios privados y de los asuntos públicos, del pasado y del porvenir. Se quejó de la dureza de Castelnau y de Dano en Puebla. Bazaine le manifestó que desde que Napoleón III había dado la orden de que regresara la legión extranjera, y los Estados Unidos se habían declarado en contra del régimen imperial en México, su trono era efímero, y que tanto su honor como el interés público exigían que no esperase el último momento para retirarse. Añadió que, luego que él partiese, él mismo personalmente entregaría el poder á la asamblea del distrito de

1 Véase acerca de este incidente el capítulo XI del libro de Gault, *Fin de imperio*, tan bien documentado.—NOTA DEL AUTOR.

México y el ejército al jefe republicano más capaz de mantener el orden mientras se estableciera un gobierno regular, después de lo cual se retiraría llevando consigo á los generales Márquez y Miramón, aunque fuese por fuerza, para que no siguiesen trastornando al país. El emperador contestó que no había regresado á México sino para cumplir la palabra dada á sus ministros; que ya no se forjaba ilusiones; que se sabía traicionado por aquéllos que le habían instado para que permaneciera, y que reconocía la impotencia del partido conservador frente al republicano. Agregó que presentía que el congreso no podría reunirse y que, luego que tuviese de ello una certeza absoluta, se retiraría sin más vacilaciones; pero que creía deber esperar hasta adquirir tal certeza, sin la cual no podía safarse del compromiso contraído con la nación. Por último, dijo que no quería huir tirando su fusil (1).

Maximiliano rogó al mariscal que repitiera lo que acababa de decirle ante una asamblea de notables que se reuniría el 14 de enero bajo la presidencia de Lares. El ministro de guerra, Tabera, expuso en esa asamblea que creía poder contar desde luego con un efectivo de veintiséis mil hombres. El ministro de Hacienda dijo que el tesoro podía contar con un ingreso efectivo de once millones de pesos, que ascendería á treinta y seis luego que el gobierno imperial pudiese extenderse hasta los confines del país. Se trataba de averiguar si el gobierno «podía y debía continuar la guerra»; la asamblea se componía de treinta y seis notables; el emperador estaba ausente. Bazaine leyó un discurso en francés, que fué inmediatamente traducido al español, en el cual reprodujo las consideraciones presentadas la víspera á Maximiliano, referentes á la imposibilidad de prolongar la existencia del imperio contra la manifiesta voluntad del pueblo, y á la urgencia de evitar una catástrofe indefectible por medio de la devolución del poder á la nación. Uno de los asistentes, Escandón, se mofó de lo que llamó «fanfarronadas del mariscal,» y de los treinta y tres notables presentes, diecisiete votaron por la continuación del imperio, siete en contra y nueve salvaron su voto. El resultado de esta votación estaba conforme con las íntimas intenciones de Maximiliano, quien, aún en los momentos en que fingía ceder,

1 Informe de Castelnau del 9 de enero de 1867.—NOTA DEL AUTOR.

no llegó á abandonar la resolución que la carta de su madre le había hecho tomar.

No obstante, Castelnau no desistía. Escribió á Napoleón: «Me he empeñado tanto más en la estricta observancia de la convención referente á las aduanas, cuanto que uno de los medios más poderosos para lograr que el emperador se someta, es privarle de esas rentas, que serían para él un recurso *in extremis*» (1). Esta pérdida de las aduanas exasperaba á los mexicanos. Habían tratado de evitarla obligando á los comerciantes á pagar por segunda vez los impuestos ya pagados en Veracruz. El mariscal protestó y exigió que fuera desaprobada esta exacción, y como el ministro de Hacienda se negara á ello, autorizó á los comerciantes para que recurrieran á la fuerza armada para hacerse devolver sus mercancías decomisadas. Castelnau hizo que se tomara otra medida coercitiva: Bazaine pensaba ceder al gobierno mexicano algunas piezas de artillería de hierro fundido que no le convenía llevarse; el general no quiso dejar ni esta ayuda á los conservadores, á quienes era preciso desalentar por completo. Decidióse romper las piezas y vender su restos.

¿Habríanse encontrado nuevos medios de influir en la voluntad, reputada siempre indecisa, de Maximiliano?..... Napoleón III volvió inútil toda esa labor diplomática con un despacho fechado en 10 de enero y que llegó á México el 18: «No obliguéis á Maximiliano á abdicar y retardad la partida de nuestras tropas. Haced que regresen á la patria todos los que no quieran permanecer ahí. Los buques han partido ya».

Desde ese día Maximiliano quedó á merced de su triste destino. Su ruptura con sus aliados fué agravada por penosos incidentes. El 15 de enero, Márquez hizo aprehender, á pesar de un salvoconducto francés, á un tal Garay, antiguo ministro de Juárez, de quien Bazaine se había servido en sus negociaciones con los republicanos. El mariscal aprehendió inmediatamente al prefecto de policía y no le soltó hasta que el mismo Garay fué puesto en libertad. Un periódico, *La Patria*, publicó un artículo furibundo contra el ejército francés. Bazaine lo envió al ministro de Gobernación y le anunció que ya ordenaba la aprehensión del gerente de *La Patria* y del autor del artículo y la supresión del periódico. El ministro contestó que el

1 Informe del 9 de enero de 1867.—NOTA DEL AUTOR.

ejército francés no era ya más que un ejército amigo que se encontraba accidentalmente en el territorio mexicano, y que sólo había lugar á una reclamación diplomática. Bazaine aprehendió al periodista y no le puso en libertad hasta que el periódico quedó suprimido.

Algunos días después, Lares escribió al mariscal: «Os habéis comprometido á proteger á las autoridades y á los habitantes de las poblaciones adictas, pero como durante el ataque de Texcoco no habéis creído conveniente prestar vuestro apoyo, el gobierno desea saber cuál sería la actitud de las tropas francesas en la capital si ésta llegase á ser sitiada por los disidentes». Bazaine envió al emperador esta carta impertinente, declarando que en adelante quedaban rotas sus relaciones con los ministros: «Crec hacer un servicio á V. M. llamándole la atención hacia las tendencias é insinuaciones de una facción que tiene pocas simpatías, y cuyos jefes abusan del ascendiente que creen tener, para preparar á México y á V. M. una era de sangrientas represalias y de humillaciones sin cuento». Maximiliano comisionó al Padre Fischer para que devolviera su carta á Bazaine y le dijera: «No pudiendo admitir que os expreséis de sus ministros en tales términos,—si no es que juzguéis oportuno dar una satisfacción por haberlos empleado—S. M. no quiere tener en lo futuro relación alguna directa con V. E.»

Con esta despedida del jefe de nuestro ejército, terminó políticamente la intervención francesa en México.

XV

Bazaine se proponía salir de México con su retaguardia al amanecer. Castelnau no quiso que nuestra retirada se asemejase á una fuga y obtuvo, sin dificultad por cierto, que las tropas se reunieran en pleno día en un paseo público y que desfilaran á tambor batiente y banderas desplegadas por los barrios populosos, yendo él mismo á su cabeza con su estado mayor, como si se tratase de una gran parada (1).

1 Informe de Castelnau de 28 de enero de 1867. Castelnau no esperó la partida de Bazaine. Arreglado todo, se le adelantó.—NOTA DEL AUTOR.

En efecto, el 5 de febrero de 1867, á las diez de la mañana, Bazaine atravesó la ciudad en medio de una multitud cuya calma aparente mal ocultaba una mezcla de simpatía, de pena, de temor, de odio, siendo objeto los soldados de algunas manifestaciones afectuosas, mientras un silencio hurafío se hacía cuando pasaba el mariscal. Los balcones y ventanas estaban cerrados. Detrás de uno de aquéllos estaba Maximiliano, siguiendo, de manera de mirar sin ser visto, la marcha de las tropas. Cuando hubieron pasado las últimas filas, dejó caer la cortina que había levantado á medias, y exclamó, volviéndose hacia su secretario Mangino:—«Por fin, estoy libre!» (1).

En México transcurrió el resto del día en medio de una vaga inquietud. A las seis de la tarde, una proclama de Márquez, en que anunciaba que había sido nombrado gobernador de la capital, decía en resumen: «Ya me conocéis; si no os tenéis tranquilos, me conoceréis mejor». Se sabía que haría lo que decía y nadie se movió.

Bazaine se dirigió á Veracruz á cortas jornadas, empujando á los morosos, esperando á los enfermos, á los heridos, de manera de no dejar detrás ni un hombre ni un fusil. Las tropas juaristas le seguían á respetuosa distancia, evitando todo choque y no apoderándose de los caminos y poblaciones sino cuando los habíamos abandonado, con excepción de Puebla, que les cerró sus puertas. Un movimiento de piedad hizo que el mariscal se detuviera algunos días en Orizaba. Sabía que los asuntos del emperador iban mal: le dirigió un despacho diciéndole que podía todavía tenderle la mano para ayudarle á retirarse y que le esperaba aún algunos días. Este postrer llamamiento no encontró ya en México á Maximiliano.

En Veracruz, Bazaine supo lo mal que se había expresado de él el Gral. Douay, y entró acerca de ello en explicaciones con Napoleón: «Este ejército será aquí echado de menos y deja buenos ejemplos. Nuestra influencia no desaparecerá con la evacuación; pocos de nuestros nacionales abandonarán el país. No tengo más que elogios para los generales de Castagny, d'Aymard, Jeanningros y de Mancion, pero no puedo decir otro tanto del Gral. Douay, que, según su táctica ordinaria, puesto que ha hecho lo mismo con mis dos predecesores, no ha cesado de

1 MASSERAS *Un essai d'empire*.—NOTA DEL AUTOR.

censurar abiertamente todo lo que se ha hecho en México conforme á las instrucciones del gobierno de V. M., menoscabando así el prestigio que debe tener todo comandante en jefe en un momento tan difícil como es el de una retirada. El Gral. Douay parece descontento de no haber tomado el mando del ejército cuando le fué ofrecido, y ha tratado de hacer creer que yo quería permanecer en México hasta fines de este año, para trabajar después por mi propia cuenta. Me causa rubor que haya sido así denigrado un jefe que ha sido siempre benévolo para con sus detractores. Soy un soldado leal que V. M. ha elevado á la primera dignidad del ejército y que no ha tenido otra ambición que servirle bien y consagrarle su vida en todas circunstancias» (1° de marzo de 1867). Cuando los buques se hubieron llevado á los cuatro mil quinientos austriacos, á los ochocientos belgas, á mil cien oficiales y á veintidos mil trescientos treinta y cuatro soldados franceses con sus mil novecientos caballos, y no quedó sobre la tierra mexicana más huella del paso de nuestro ejército, que el recuerdo de su valor y, con raras excepciones, de su humanidad, Bazaine, convencido de que había merecido bien de su patria, se embarcó al último, el 12 de marzo de 1867.

Al llegar á Tolón, recibió á bordo la visita del prefecto marítimo y del comandante de la subdivisión, que iban á anunciarle que se había dado la orden de que no se le rindieran honores. Se iba á aplicar al mariscal la práctica regia del chivo expiatorio. El emperador no la ordenó, pero en derredor suyo, en su corte, en el mundo oficial, en el público, corría la opinión, que fué aumentando hasta volverse preponderante, de que el *gran pensamiento del imperio*, sólo había fracasado por la incapacidad, ó peor aún, por la duplicidad de aquél que había sido encargado de realizarlo. Se decía por todas partes, como lo había dicho Douay, «que el mariscal había trabajado dos años para hacer naufragar la nave de Maximiliano y reemplazarle en el poder, y que, ebrio con las aspiraciones ambiciosas de su familia mexicana, había soñado en ser un Bernadotte»; se contaba por donde quiera, como contaba Castelnau, que «sus manejos subterráneos habían impedido al infortunado Maximiliano abandonar la azarosa partida.»

La historia está hoy en posesión de todos los documentos (1) que permiten formular un fallo definitivo y declarar que la mayor parte de las acusaciones basadas en la conducta de Bazaine en México, son falsas ó exageradas. Acusarle de haber tramado la ruina de Maximiliano con objeto de suplantarle, es simplemente ridículo. Su cuerpo tosco y carente de distinción, su cabeza grande, pero astuta y vulgar, su mirada circunspecta, denotaban una alma mediocre, fría, sin impulsos, valiente, pero no heroica, que se complacía en las triquiñuelas mezquinas, pero era incapaz de las grandes infamias; y en este caso, la infamia habría sido necia antes que grande. La baja malicia de que estaba tan abundantemente dotado, bastaba para disuadirle de la idea tonta de que un extranjero, sin ejército, pudiese, por medio de intriguillas, establecer un poder dictatorial en medio de la efervescencia de las pasiones nacionales, ya sin freno después de nuestra partida.

El rasgo saliente del carácter de Bazaine, tal cual se reveló en México, fué la ineptitud absoluta para toda iniciativa personal. Fué ante todo un subordinado, fiel á la consigna; su sola preocupación era complacer á su amo y obedecerle, á veces con dificultad, por lo vago de las instrucciones que recibía, á veces eludiéndolas cuando eran inejecutables. Sólo se rebeló contra el general de brigada á quien se le sometió dejándole toda su responsabilidad, pero su rebeldía fué sorda, no se manifestó á la luz del día, sino en secretos manejos.

Nada hay que criticar en sus operaciones militares. Dada la pequeñez de las fuerzas de que disponía, era imposible hacer otra cosa que lo que hizo, ni menos hacer algo mejor, y su retirada, tan ordenada, tan metódica, tan feliz, pasará á la historia militar como un modelo. Es también completamente inicuo hacerle responsable, ni más ni menos que á Maximiliano, de la imposibilidad invencible de fundar un imperio en un país republicano, bajo la mirada amenazadora de una fuerte república vecina. Hasta dos hombres de genio habrían fracasado en esa empresa.

La gran falta de Bazaine consistió en no haber, desde el prin-

1 Los documentos inéditos que he añadido á los suministrados por Kératry, Masseras, Lefèvre, Paul Gaulot, dan una información muy suficiente.—NOTA DEL AUTOR.

cipio, visto ó querido ver esa imposibilidad y en no habérsela hecho ver al emperador Napoleón, como lo hicieron el mariscal Forey, el coronel Bressonnet y tantos otros oficiales clarividentes y sinceros: «Sire, se os engaña al haceros esperar una pacificación que no puede lograrse, y una adhesión contra la cual el país entero protesta, hasta cuando parece domeñado. Si queréis vencer la resistencia de México, hay que conquistarlo palmo á palmo; no basta pasear por su territorio columnas móviles en todas direcciones, lanzándolas, llamándolas y volviéndolas á lanzar; es preciso enviar un ejército, un gran ejército, y mantenerlo ahí durante algunos años». En vez de hablar así, Bazaine no cesó de halagar las ilusiones y la confianza de Napoleón, de presentarle siempre, como próxima á consumarse, una pacificación que no avanzaba, de tranquilizarle acerca de la pequeñez del efectivo y de retardar así una resolución que debía haber sido tomada hacía tiempo. Encontrándose en una grata situación, en un bello palacio, rodeado de honores regios, estaba dispuesto de buena fe á creer que todo iba bien para todos, como iba bien para él. Se complacía en la satisfactoria quietud de un egoísmo indolente, dirigiendo su ejército desde la altura en que se encontraba, no ocupándose en hacerse amar por él, en tenerlo bajo su influencia. Era más bien accesible que cordial, nunca afectuoso, é inspiraba la idea de que él mismo era el único objeto de sus preocupaciones. Con respecto á Maximiliano, antes pecó por exceso de condescendencia y sólo tuvo para con él las durezas que se le ordenaron.

No he encontrado ni trazas de embrollos pecuniarios, como se ha insinuado; pero la delicadeza del ejército se sentía, sin duda, herida por la combinación que imponía á la ciudad de México el pago anual á la mariscala de una suma de sesenta mil francos, para alojar á su marido en un palacio de que era dueño por donativo de Maximiliano.

El ejército, aunque no dudaba de sus aptitudes militares, regresó á Francia siéndole, casi en su totalidad, hostil. Apenas si algunos, como el coronel de Galliffet, se mostraban para con él medio benévolos: «El mariscal, á pesar de sus errores, es aún utilizable, y lo es en excelentes condiciones. Que luego que haya una guerra, el emperador exija que su mujer permanezca en Francia, y volveréis á encontrar en él un grande hombre de

guerra» (1). El mariscal Vaillant, siempre compasivo con sus compañeros de armas, sugirió al emperador la idea de una averiguación oficiosa que pediría Bazaine «para salir de la atmósfera de reprobación en que se encontraba». El emperador aprobó y encargó al mariscal que hablara de ello con Bazaine. Éste aceptó y prometió pedir por escrito la averiguación (2). Pero después de pensarlo bien, se abandonó la idea.

Los ataques de los amigos del imperio dieron margen á los elogios de la oposición. Thiers no hablaba del mariscal sino llamándole. «Nuestro glorioso Bazaine»; Kératry publicó su libro para justificarle; Prévost-Paradol, en el prefacio de ese libro, decía: «Felicitó á mi país por haber encontrado, en el principal y último jefe de esa penosa guerra, un servidor experimentado cuya mano firme y cuya voluntad serena pueden prestar pronto á Francia algún gran servicio».

XVI (3)

El discurso del trono, al abrirse el período legislativo de 1867, era esperado con impaciencia, porque debía tratar de una multitud de asuntos delicados: entre ellos, de la evacuación de México. A ese respecto, el emperador se expresó en los siguientes términos, después de haber dado cuenta de los últimos acontecimientos políticos europeos: «En otra parte del globo, nos vimos obligados á recurrir á la fuerza para tomar satisfacción de agravios que se nos habían inferido, y tratamos de restablecer un antiguo imperio. Los felices resultados obtenidos desde luego fueron más tarde inútiles á causa de un enojoso concurso de circunstancias. El pensamiento que hizo que se emprendiera la expedición de México era grandioso: regenerar á un pueblo, infundirle ideas de orden y de progreso, abrir á nuestro comercio extensos mercados y dejar, como

1 Carta á Franceschini Pietri, 2 de febrero de 1867.—NOTA DEL AUTOR.

2 Libro de memorias del mariscal Vaillant, 6 y 7 de abril de 1867.—NOTA DEL AUTOR.

3 Parágrafo formado como el XI del capítulo I.—NOTA DEL TRADUCTOR.